

El tesoro de los Mazzelatti

Cualquier similitud de nombre (o de credulidad) entre los personajes de esta obra y seres de la realidad debe atribuirse a pura coincidencia. Los personajes suele considerarse poco menos que como un tesoro cualquiera...

Por lo general, el sitio donde reposan los héroes nacionales, suele considerarse poco menos que como sagrado en todos los países del mundo, civilizados o por civilizar. Otro tanto se ha pensado siempre de los cementerios o camposantos, a los cuales un largo prejuicio ha mantenido por lo general apartados, durante toda la historia, de las bromas y de las locuras de los que ven visiones adentro de los cofres y cofres dentro de la tierra. El Uruguay, en cambio, es distinto. Una legislación liberal permite que, sin más requisitos que una fianza de \$ 86.000, cualquier extranjero optimista tenga derecho a hacer fosas junto a la misma tumba de Artigas.

Creído eso, que era lo difícil de creer, lo demás resulta secundario. Y que el tesoro aparezca o no, es lo de menos.

En efecto: en el Uruguay nadie cree en el tesoro. Pero todos encuentran natural que se haga el pozo, por las dudas... En la Roma de la antigüedad, nadie hubiera dudado, en cambio, de la existencia del tesoro. Pero a nadie se le hubiera ocurrido que un motivo tan baladí como seis millones de dólares, autorizase a turbar con palas y con picos, la paz de la tumba de los héroes.

Cuadro primero

Una mañanita fría de 1861, en la Banda Oriental. La escena se desarrolla en un rancho. Un catre de tientos, varias cabezas de vaca y banquetas de sauce en el piso de tacurú apisonado. En la pared, sobre el catre, y a la manera de banderín deportivo de un colegio norteamericano actual, cuelga una divisa de la legión garibaldina. En el centro yace, gravemente enfermo, Giovanni Mazzelatti (a) Perrotti, (a) el Gringo de las Alpargatas. Una negra le ceba mate.

GIOVANNI MAZZELATTI — (Suspirando y con acento mitad de italiano, mitad de gaucho viejo). Sí, hica mío... Como te dico... Sasanta anni dando vueltas in torno al planeta, senza potere economizare un solo patacone!

NEGRA. — (Alcanzándole el mate). Y güeno, Don Juan, que le vamo'a hacer! El que nació pa'medio no llega a rial, ya se sabe...

G. MAZZELATTI. — (Con voz profunda). Sí, hica mía, sí... Ma e triste! Il mío tata me dico allá en Italia, cuando io era bambino, que viniese para América a labrar fortuna... (Suspira de nuevo). E in sasante anni, ni un cobre partido per la mitad!

NEGRA. — (Consoladora). Y güeno, Don Juan. No sólo de torta frita vive el hombre...

G. M. — (Reflexionando). E vero... Algunas veces también chupa caña... (un ataque de tos le obliga a callarse).

NEGRA. — Además, si vamo'al caso, usted no se puede quejar. Tuvo suerte con las mujeres, tuvo suerte en la guerra, peleó con Garibaldi... con Rivera, con Flores...

G. M. — (Exaltándose). Sí, eso sí! Tuve una suerte bárbara! Estuve como in quaranta bataglie e no me mataron en ninguna... Me pegaron como satanta lanzaso, varios trabucaso, diechisete faconazo, e varie centi de rebencaso, senza matarme nunca...

NEGRA. — ¿Y le parece poco tanta gloria?

G. M. — (Enderezándose en el catre). Además tuve el honore de que il propio Generale Garibaldi mi solicitase un favore personale!

NEGRA. — (Curiosa). ¿Un favor personal?

G. M. — Sí! En la madrucada que la Legión peleó por primera vez, Garibaldi si imbarró tutti las botas. Había llovido la noche entera y Garibaldi tenía los pieses mojados. E me dico: "Giovanni, heroico amico mío, conseguime unas alpargate bien secas..."

NEGRA. — (Bostezando). Mire usted!

G. M. — Antonce io le traque las mías. E se las puso! (Con un gesto rápido mete la mano abajo del cojinillo con el que se tapa, y sacando un par de alpargatas barbudas las muestra con orgullo). Son éstas!

NEGRA. — (Levantándose). Pero Don Juan, ¿por qué no tira esa porquería?

G. M. — (Furioso). ¿Porquería? ¿Has dicho porquería, negra mugrienta? Estas alpargatas son un tesoro! Un verdadero tesoro! El tesoro de mi vida! Sasanta anni de heroismo e il pericolo desafiado en centi bataglie se resumen n'esas alpargatas!

NEGRA. — (Conciliadora). Bueno... No se destape que le va a hacer mal! Yo no quise ofenderlo!

G. M. — (Fuera de sí). E para que sepas, negra condenada, este tesoro lo he legado nada menos que al Museo del Vaticano. Ya he tomado tutti i precauzione del caso! Ya he escrito a la mía familia n'Italia, il lugare donde las pienso enterrar! (Mientras la negra hace esfuerzos por aguantar la risa, el viejo garibaldino acaricia las alpargatas barbudas y las aprieta contra el pecho).

G. M. — (Enternecido y besando la barba de las alpargatas). Il mio tesoro... (Un ataque de tos lo tumba en el catre).

(Telón rápido)

Cuadro segundo

(Últimos años del siglo pasado, Consultorio de un médico en la California romántica de las películas. Por la ventana abierta se perciben unos hombres a caballo, con revólveres Colt Calibre 44 y las caras tapadas con pañuelos negros, que entran al trote largo en el Banco de la localidad. Más lejos, varios cuáqueros están linchando parsimoniosamente a un negro que se atrevió a sacarse el sombrero cuando pasaba la hija del Sheriff en su volanta Cadillac Automatic. En el consultorio, una señora italiana con una niña de la mano habla con el médico, que está borracho. — NOTA: El papel de médico mamado lo puede representar Thomas Mitchell, que le salen fenómeno, como se vió cuando trabajaba con John Wayne en "La Diligencia", bajo la dirección de Ford).

MEDICO. — (Haciendo la ficha) —¿Nombre de la niña?

MADRE. — Claudia Clara...

MEDICO. — ¿Apellido?

MADRE. — Mazzelatti...

MEDICO. — ¿Edad?

MADRE. — Diez años...

MEDICO. — (Saliendo de atrás del escritorio y sacándose los lentes de su nariz profesional). ¿Qué síntomas presenta?

MADRE. — (Nerviosa). Verá usted, doctor... En reslidad la chica parece sana. Pero ya tiene diez años, como le digo, y no hay manera de avivarla...

MEDICO. — Comprendo...

MADRE. — (Cobrando confianza). — Resulta que la chica se cree todo lo que le dicen. La pobre es la más buena de toda la familia ¿comprende? y los hermanos, que son flor de ave, la viven agarrando de número.

MEDICO. — Comprendo... Continúe, señora.

MADRE. — A mí me preocupa sobre todo porque la nena ya es grande. El otro día viene Giuseppe, el hermano, que es un farrista bárbaro, y le da un sombrero viejo...

MEDICO. — Sí...

MADRE. — Después vino el otro hermano, Luigi, y le dijo que parecía un sombrero, pero que en realidad era un tipo de queso nuevo que estaban fabricando últimamente en Los Angeles...

MEDICO. — Sí...

MADRE. — Y la pobre inocente agarra y se come el sombrero... (Llora un rato. El médico aprovecha y sacando con ademán ágil una botella de Brandy del bolsillo de la levita se papa un largo trago).

MADRE. — Menos mal que se lo comió con pan... Que si no, no estábamos aquí (Sigue llorando). Vez pasada viene la sirvienta de al lado y le dice que abajo de la higuera del fondo había un tesoro enterrado... (Habla entre sollozos). Y la pobre inocente va, cacha una pala, y se hace un pozo de dos metros de hondo... (Llora fuerte). Abajo había agua... Si no llego a tiempo, se ahoga...

MEDICO. — Comprendo, señora, comprendo.

MADRE. — Después, los hermanos le dijeron que el tesoro estaba junto a la puerta cancel... Y después abajo de la mesa del comedor... Y después en el comedor diario... (Llora a gritos). Usted viera, doctor, como me ha dejado la casa la pobre inocente! Parece la calle Rivera, parece!

MEDICO. — A ver, nena, acércate! (Claudia se acerca). Sacá la lengua. (Claudia la saca). Hummm... (El médico, desconcertado por el caso, abre un arcón, saca una botella de Brandy de otra marca, y se sirve un vaso grandote. En ese momento golpean a la puerta de calle. Gritos.)

VARIAS PERSONAS. — (Entrando en tropel). Se ha matado! Se ha quebrado la nuca! Se ha hecho papilla!

MEDICO. — ¿Qué pasa?

VARIAS PERSONAS. — (Todos a la vez). Pronto doctor! El Sheriff se ha roto el espinazo. Pasaba al trote frente a la de Mazzelatti, y se cayó en un pozo que habían hecho en la vereda! Pronto doctor!

(El doctor pone rápidamente una sierra de mano y dos botellas de Brandy en un maletín y sale, seguido por todas las personas. En el consultorio quedan sólo la Sra. Mazzelatti, desmayada, y Claudia. Claudia mide la habitación sacando cálculos. Y, de pronto, con un grito de placer, toma un bisturí de la vitrina y arrojándose abajo del escritorio del médico, comienza a cavar rápidamente un pozo. Por la ventana abierta pasan, al trote largo, Clark Gable vestido de cowboy, con Ginger Rogers en el anca).

(TELON)

Cuadro tercero

(La escena en Montevideo, en 1950, en el Palacio Municipal. Despacho del Intendente. Los secretarios, asesores y altos funcionarios de la Intendencia, discuten con el Sr. Barbato).

ASESOR 1º. — (Sumando en un papel). Doscientos millones... más veintidós millones... más ciento ochenta millones... (Con desaliento). No nos alcanza la plata...

ASESOR 2º. — Y bueno... podemos poner los pasajes a 12 centésimos...

SR. BARBATO. — (Mirándolo con mirada que mata). ¿Qué ha dicho?

ASESOR 2º — (Asustado). Nada, que podemos poner los boletos de ómnibus a doce...

SECRETARIOS Y FUNCIONARIOS. — (A coro) ¿¡Yel referendum!?!?

ASESOR 2º. — (En retirada). Bueno... no se pongan así... Yo decía, no más... El referendum es para evitar el aumento a diez centésimos... Pero del aumento a doce centésimos no se ha dicho todavía nada...

SECRETARIO 1º. — El golpe, como muy bien decía el Sr. Intendente, es hacer un subterráneo...

SECRETARIO 2º. — Sí! Y empezar enseguida las excavaciones!

ASESOR 1º. — Pero ¿y los millones, señores? ¿De dónde sacamos los millones?

(Se abre la puerta y entra un Auxiliar 5º).

AUXILIAR 5º. — Señor Intendente, ahí afuera está la señorita italiana esa, que viene todos los días...

FUNCIONARIO 1º. — ¡Está loca! Dice que sabe donde hay una cantidad de millones...

SR. BARBATO. — (Interesado). No veo que eso sea estar loca...

FUNCIONARIO 2º. — Sí... ¡está loca! Dice que hay que hacer una excavación...

SR. BARBATO. — (Molesto). No veo que querer hacer una excavación sea estar loca! Que pase inmediatamente!

(TELON RAPIDO)

Cuadro cuarto

(Este último acto se desarrolla en un principado de la India, en 1968. Antesala en el palacio del Marajá. En primer plano los doctores Amézaga y Cikato, el Alférez Villaverde, el Intendente Barbato, el Fiador Fink, y el Ingeniero norteamericano L. E. Kelley, todos maniatados, macilentos y con la ropa sucia de tierra. Parecen otros tantos espectadores. A un costado, la señorita Claudia Clara Mazzelatti

el Fiador Fink, y el Ingeniero norteamericano L. E. Kelley, todos maniatados, macilentos y con la ropa sucia de tierra. Parecen otros tantos espectros. A un costado, la señorita Claudia Clara Mazzelatti muestra un plano a un funcionario con turbante).

UN GUARDIA ENTURBANTADO. — (Entrando). Dice el Marajá que pase la Señorita...

(Se abre la puerta del fondo y la Srta. Mazzelatti, con ademán que demuestra su fe incommovible, entra en el Salón del Trono).

UN OFICIAL. — (También con turbante, dirigiéndose al jefe de los guardias) —¿Y qué es lo que dicen éstos?

JEFE DE GUARDIAS. — Dicen que empezaron a cavar hace varios años en las antípodas en busca de un tesoro...

OFICIAL. — ¿Y cómo vinieron a dar aquí?

J. de G. — Atravesando toda la tierra, dicen. Lo cierto es que aparecieron esta mañana en el jardín del serrallo, justo abajo de la jaula de los pájaros sagrados... Se abrió de repente un boquete en la tierra y aparecieron todos éstos, junto con la señorita...

OFICIAL. — (Desconfiado). ¿Y está usted seguro de que no serán ingleses?

J. de G. — No, no son. Pero de todos modos los podemos degollar por las dudas...

OFICIAL. — (Dubitativo). Sí... Va a ser lo mejor... ¡Qué animales! Mire que ponerse a buscar petróleo en el jardín del serrallo! Estos extranjeros, amigo...

(El Dr. Amézaga trata de hacerse entender por señas).

OFICIAL. — (Dirigiéndose al Adivino que está a un costado). ¿Qué dice?

ADIVINO. — Dice que le extraña que un Gobierno de Derecho como el de este Principado, los mantenga detenidos sin forma de proceso legal... Dice que quiere nombrar abogado... Y que invoca el "habeas corpus"...

OFICIAL. — (Altanero). Contéstele que si no "habeas tesorus" tampoco "habeas corpus". (Al J. de G.) Condúzcalos a la cámara de torturas. Tenga cuidado que no se entere José Claudio Williman (hijo). Y que tampoco lo sepan en el Centro de Estudiantes de Derecho. Arránqueles la piel a fuego lento. En fija se trata de espías de la Anglo-Iranian.

(El Jefe de Guardias se va con los prisioneros. Enseguida se abre la puerta del Salón del Trono y aparecen el Marajá y Claudia. El Oficial y el adivino se arrodillan al paso del Marajá).

SRTA. MAZZELATTI. — De acuerdo con el plano de mi abuelo, querido Marajá, el tesoro tiene que estar justo debajo de la pagoda, a cuatro metros de hondo.

MARAJA. — (Interesado). ¿Y dice Vd. que es mucha plata?

SRTA. M. — (Con fe inquebrantable). Seis millones de dólares. Marajá...

MARAJA. — (Después de ligera vacilación). Bueno... Mañana empezamos el pozo de vuelta...

(TELON)